

LA REVISION DE LAS TESIS SOBRE LA INEVITABILIDAD DE LA GUERRA EN LA ANTIGUA UNION SOVIETICA

Kepa Sodupe

Este artículo pone de relieve cómo durante casi medio siglo el carácter inevitable de las guerras confirió un sello particular a las valoraciones soviéticas de la política internacional. Pero, tras el XX Congreso del PCUS, los enfrentamientos bélicos dejaron de ser algo ineludible. A juicio de los ideólogos soviéticos, el poderío alcanzado por el sistema socialista sirvió de freno a "las tendencias agresivas innatas" al capitalismo. Los dos sistemas sociales antagónicos tendrían que coexistir pacíficamente, abriéndose entre ambos un proceso de competición económica. El papel de la guerra como motor de la historia pasó a ser desempeñado por "las ventajas innegables" que el socialismo mostraría frente al capitalismo. Las nuevas posiciones estuvieron vigentes, prácticamente, hasta la desaparición del Estado soviético.

Desde la creación del Estado soviético en 1917, la guerra pasó a ocupar un lugar central en la visión del mundo que acuñaron sus dirigentes políticos. Puede decirse que esta afirmación fue particularmente cierta durante las primeras cuatro décadas de existencia de dicho Estado. Es necesario aclarar, desde un principio, que los análisis soviéticos sobre la guerra estuvieron referidos a dos escenarios internacionales bien diferenciados. Por una parte, a las relaciones entre Estados capitalistas y, por otra, a las relaciones entre países capitalistas y países socialistas. Hasta los años cincuenta, en ambos escenarios el estallido de enfrentamientos militares en algún momento del tiempo representaba algo ineludible. Esta circunstancia dará lugar en la doctrina soviética a la aparición de una doble teoría sobre la guerra. Tras la subida al poder de N. Khrushchev, este planteamiento se alterará profundamente. A partir del XX Congreso del PCUS celebrado en 1956, se introdujeron importantes aportaciones en el pensamiento marxista-leninista. Las tesis sobre la inevitabilidad de la guerra fueron revisadas a la luz del nuevo orden político, económico y

militar surgido hacia la mitad del decenio de los cincuenta. Las posiciones fijadas con motivo de este Congreso, que consideraron la guerra como algo posible pero no inevitable, mantuvieron su vigencia hasta, prácticamente, la desaparición de la Unión Soviética en 1991.

Ciertamente, puede entenderse que la preeminencia otorgada a la guerra no constituye un rasgo que quepa atribuir de manera exclusiva a las percepciones de las relaciones internacionales en la Unión Soviética. En el mundo occidental, la política internacional ha tenido también en la guerra el elemento más característico de las relaciones entre Estados. Recogiendo el punto de vista mayoritario en Occidente, R. Aron escribió en su famosa obra *Paz y Guerra entre las Naciones* que tales relaciones "presentan una característica original que las distingue de cualesquiera otras relaciones sociales: se desarrollan a la sombra de la guerra...".¹ Sin embargo, al margen de las diferencias en las explicaciones sobre este fenómeno a ambos lados de la antigua divisoria entre Este y Oeste, es posible sostener que la manifestación que singularizó más claramente las formulaciones soviéticas de las occidentales durante buena parte de este siglo, fue el carácter inevitable que para las primeras poseían los conflictos bélicos.

A lo largo de este artículo trataremos de exponer la evolución del pensamiento político soviético en torno a la guerra, prestando especial atención a las nuevas tesis establecidas a partir de 1956. Para ello comenzaremos con un análisis de las principales proposiciones comprendidas en las dos teorías sobre la inevitabilidad de la guerra elaboradas en la Unión Soviética.

La guerra entre Estados capitalistas.

La teoría sobre la inevitabilidad de la guerra en las relaciones entre Estados capitalistas está recogida en el libro de Lenin *Imperialismo, la Fase Superior del Capitalismo*. Aquí, el fenómeno de la guerra es presentado como una consecuencia irremediable del funcionamiento de esta última etapa del sistema capitalista.

En la mencionada publicación, Lenin definió el imperialismo como "el capitalismo en la fase de desarrollo en que ha tomado cuerpo la dominación de los monopolios y del capital financiero, ha adquirido

¹ Aron, R., *Paz y Guerra entre las Naciones*, (Madrid: Alianza Editorial, 1985), Vol. 1, p. 30.

señalada importancia la exportación de capitales, ha empezado el reparto del mundo por los *trusts* internacionales y ha terminado el reparto de toda la Tierra entre los países capitalistas más importantes".²

El líder ruso dedicó una gran atención al estudio del proceso de concentración y centralización del capital que, entre finales del siglo XIX y principios del siglo XX, condujo a la sustitución del capitalismo "de libre concurrencia" por el capitalismo monopolista.³ Como resultado de tal proceso, las economías de los principales países capitalistas pasaron a ser dominadas por los monopolios y los grandes bancos.

Estas instituciones, según Lenin, consiguieron realizar una acumulación de capital de proporciones gigantescas. Una parte considerable de estos capitales se exportaba a países atrasados, en donde los beneficios eran generalmente altos, porque "el capital es escaso, el precio de la tierra relativamente bajo, los salarios reducidos y las materias primas baratas". La necesidad de la exportación de capital tuvo su origen en el hecho de que, en algunos países, "el capitalismo está 'demasiado maduro' y el capital no dispone (dados el desarrollo insuficiente de la agricultura y la miseria de las masas) de campo para su inversión 'lucrativa'".⁴

A medida que las asociaciones monopolistas fueron expandiendo su actividad por el mundo, Lenin escribe que "el estado de cosas, de manera natural, gravitó hacia un acuerdo internacional entre estas asociaciones y hacia la formación de cárteles internacionales". Este hecho representaba "una nueva fase en la concentración mundial del capital y la producción, incomparablemente más alta que en las etapas anteriores".⁵

En opinión de Lenin, los acuerdos mencionados tenían como contenido la división del mundo entre los capitalistas, división que se producía "porque el grado de concentración que ha sido alcanzado, les fuerza a adoptar este método en orden a la obtención de beneficios". La citada división se efectuaba "en proporción al capital", "en proporción a la fuerza" de los que participaban en ella.⁶

De manera paralela, y en conexión con esta división del mundo entre las asociaciones monopolistas, Lenin observa el crecimiento de

² Lenin, V. I., "Imperialismo, la Fase Superior del Capitalismo", *Obras Completas*, (Moscú: Editorial Progreso), Vol. 27, p. 406.

³ *Ibid.*, p. 405. De hecho, Lenin destinó los tres primeros capítulos de *Imperialismo* a la exposición del mencionado proceso de concentración y centralización del capital.

⁴ *Ibid.*, p. 377.

⁵ *Ibid.*, p. 382.

⁶ *Ibid.*, p. 391.

ciertas relaciones "entre alianzas políticas, entre Estados, sobre la base de la división territorial del mundo, de la lucha por las colonias, de la 'lucha por esferas de influencia'". A estos efectos, destaca, como una pieza fundamental de su planteamiento, que, en la época del imperialismo, por primera vez en la historia, "el mundo está completamente dividido, de modo que en el futuro *sólo* una redivisión es posible".⁷

Sobre la situación así creada, la ley de desarrollo desigual introduciría profundas modificaciones. Esta ley, según Lenin, subrayaba la existencia de diferentes ritmos de crecimiento en las economías capitalistas, que daban lugar a cambios vitales en las posiciones relativas de unos países con respecto a otros.⁸ Por ello, la división del mundo establecida, es decir, el anterior reparto de colonias y de esferas de influencia no se correspondía, en lo sucesivo, con la nueva relación de fuerzas. Los países que habían experimentado una mayor expansión en sus economías, se veían impelidos a utilizar la lucha armada para conseguir una redivisión del mundo, una nueva distribución de las colonias. En palabras de Lenin, una vez que dicha relación de fuerzas se modificaba, "¿qué otra solución de las contradicciones puede encontrarse *bajo el capitalismo* que la de la fuerza?"⁹

Lenin excluyó cualquier posibilidad de salida pacífica a las contradicciones engendradas por el régimen burgués. En una polémica con K. Kautsky rechaza la tesis mantenida por éste, según la cual no cabía descartar una nueva fase en el capitalismo, una fase "ultraimperialista", en la que tuviera lugar la explotación conjunta del mundo por un capital financiero unido internacionalmente, en sustitución de las rivalidades de los intereses económicos nacionales.¹⁰ Aun asumiendo que pudiera formarse una alianza de Estados imperialistas con la finalidad de dividir el mundo pacíficamente, Lenin se pregunta si tal alianza sería "algo más *que temporal*", si eliminaría "fricciones, conflictos y luchas en todas las formas posibles". Su respuesta es negativa, ya que la división mencionada se realizaría sobre la única base concebible bajo el capitalismo: la fuerza de los participantes. Pero esta fuerza variaba con el transcurso del tiempo de modo desigual, conduciendo a una nueva correlación de poder que cuestionaba necesariamente la vieja división. Frente a la suavización de las contradicciones capitalistas que implicaba la tesis ultraimperialista de Kautsky, Lenin mantiene que la tendencia básica del imperialismo a

⁷ *Ibid.*, pp. 391-392.

⁸ *Ibid.*, p. 391.

⁹ *Ibid.*, p. 414.

¹⁰ Kautsky, K., "Ultra-imperialism", *New Left Review*, N°59, Jan.-Feb., 1970, pp. 45-46.

la dominación, no sólo preservaba la existencia de dichas contradicciones, sino que las acentuaba aún más. Por ello, afirma que las alianzas ultraimperialistas, "cualquiera que sea su forma —una coalición imperialista contra otra o una alianza general de todas las potencias imperialistas—, sólo son, *inevitablemente*, una tregua en períodos comprendidos entre guerras".¹¹

De este modo, la guerra se convierte en una manifestación permanente del sistema capitalista. Como Lenin reiteró en el prólogo a las ediciones francesa y alemana de *Imperialismo*, las guerras imperialistas eran "absolutamente inevitables" y este rasgo del capitalismo monopolista permanecería "mientras la propiedad privada de los medios de producción existiera".¹² Por otra parte, puede apuntarse brevemente que la guerra entre países capitalistas pasó a ocupar un lugar esencial en el advenimiento de la revolución socialista. De hecho, los conflictos bélicos representaban, en el pensamiento leninista, una oportunidad de primer orden para que el proletariado procediera a transformar el carácter imperialista de los mismos en civil, derrocar al gobierno burgués e instaurar un nuevo orden social.¹³

La guerra entre capitalismo y socialismo.

El análisis que Lenin realizó de las relaciones entre el Estado proletario recién creado y los países capitalistas, dio lugar a una nueva formulación de la teoría sobre la inevitabilidad de la guerra, esta vez, entre capitalismo y socialismo. Algunos autores occidentales han subrayado que Lenin no desarrolló esta teoría hasta convertirla en una doctrina acabada, siguiendo el ejemplo sentado en *Imperialismo* sobre la inevitabilidad de la guerra entre países capitalistas. Señalan que, en realidad, el cuerpo doctrinal que recoge la problemática de las relaciones entre los dos campos está compuesto, principalmente, por manifestaciones y declaraciones de Lenin y otros dirigentes soviéticos.¹⁴

Ya antes de la Revolución de Octubre, Lenin opinaba que la victoria del socialismo en un único país no sólo no eliminaría la guerra de golpe,

¹¹ Lenin, V. I., "Imperialismo, la Fase ...", *op. cit.*, pp. 438-439.

¹² *Ibid.*, p. 318.

¹³ Lenin, V. I., "El Socialismo y la Guerra", *Obras Completas, op. cit.*, Vol. 26, p. 347. De este mismo autor, ver: "El Programa Militar de la Revolución Proletaria", *Obras Completas, op. cit.*, Vol. 30, p. 147.

¹⁴ Noguee, J. y Donaldson, R., *Soviet Foreign Policy since World War II*, (New York: Pergamon Press, 1984), 2ª edición, p. 22.

sino que, al contrario, presupondría el desencadenamiento de la misma. Así, argumentaba que, debido a la ley de desarrollo desigual, el socialismo se implantaría primero en uno o varios Estados, lo cual habría de provocar "además de fricciones, el intento, por parte de la burguesía de otros países, de aplastar el logro aislado obtenido por el proletariado".¹⁵ Esta reflexión constituyó un elemento fundamental e inseparable del cuadro político que los líderes soviéticos dibujaron con posterioridad a la revolución.

Durante los primeros tiempos del nuevo Estado, Lenin se refirió a menudo a esta cuestión y, con motivo de la celebración del Octavo Congreso del Partido en 1919, manifestó su convencimiento de que el choque entre los dos sistemas sociales era inevitable: "Estamos viviendo no solamente en un Estado, sino en un sistema de Estados, y la existencia de la República Soviética junto con los Estados imperialistas por un tiempo prolongado es impensable. Al final, uno u otro debe triunfar. Pero antes de que esta situación acontezca, una serie de colisiones en extremo graves entre la República Soviética y los Estados burgueses será inevitable. Esto significa que si la clase dominante, el proletariado, quiere permanecer, debe probar su habilidad para ello a través de su organización militar".¹⁶

Hay que mencionar, no obstante, que Lenin habló de un período de "convivencia pacífica"¹⁷ entre capitalismo y socialismo. Dicho período dependía estrechamente del establecimiento de relaciones comerciales entre ambos regímenes económico-sociales. Junto a la actitud agresiva inherente al capitalismo, Lenin señaló la existencia de un interés en determinados medios de la burguesía internacional por obtener un beneficio a través del comercio con el Estado soviético, lo cual les hacía proclives a favorecer un clima de paz. Queriendo explotar esta "circunstancia objetiva", fue partidario de crear las condiciones necesarias, aunque ello supusiera acceder a la realización de concesiones sustanciales a intereses capitalistas en territorio soviético, para el desarrollo más intenso posible de relaciones comerciales con el exterior. Ello, sin duda, contribuiría a incrementar las contradicciones en el campo capitalista y

¹⁵ Lenin, V. I., "El Programa Militar de la Revolución ...", *op. cit.*, p. 140.

¹⁶ Lenin, V. I., "VIII Congreso del PC(b) de Rusia", *Obras Escogidas, op. cit.*, Vol. 38, p. 149.

¹⁷ Una utilización de la expresión "convivencia pacífica" por parte de Lenin, puede encontrarse en: "Entrevista a M. Farbman, corresponsal de 'The Observer' y de 'The Manchester Guardian'", *Obras Completas, op. cit.*, Vol. 45, p. 255. Debe resaltarse que Lenin escribió acerca de la "convivencia pacífica", a la que atribuyó un carácter temporal, y no de "coexistencia pacífica" como habitualmente se sugirió en la Unión Soviética a partir de 1956, en un intento de legitimar la nueva orientación doctrinal.

posponer en el tiempo el enfrentamiento militar. De producirse ambas cosas, no podrían sino aumentar las posibilidades de subsistencia del emergente Estado socialista.¹⁸ Pero el período de "convivencia pacífica" era temporal. Más tarde o más temprano, como se desprende de la cita de Lenin contenida en el párrafo anterior, la colisión entre capitalismo y socialismo tendría que producirse.

Esta visión de las relaciones entre socialismo y capitalismo se instauró definitivamente en los círculos dirigentes soviéticos con la subida al poder de Stalin. Las aportaciones conceptuales relativas a los "dos campos" y al "cerco imperialista" contribuyeron a precisar con mayor nitidez la imagen de un Estado soviético amenazado por las actitudes hostiles y agresivas del mundo capitalista. Stalin afirmó que el mundo se había dividido "en dos campos irreconciliables: el campo del imperialismo y el campo del socialismo".¹⁹ Recogiendo la idea de "cerco", el Programa de la Internacional Comunista, aprobado en 1928, denunciaba que la principal aspiración política de los poderes imperialistas consistía en esforzarse "en cercar a la Unión Soviética e instigar una guerra contrarrevolucionaria contra ella, con el objeto de destruir la Unión Soviética y establecer un régimen burgués terrorista en todo el mundo".²⁰ Ante esta valoración de las intenciones del mundo capitalista, las acciones tendientes a mantener las relaciones económicas entre los dos campos y, por tanto, la paz seguían siendo vitales. El proceso de construcción del Estado soviético dependía, tal y como había subrayado Lenin, de si sus dirigentes conseguían posponer la guerra con las potencias imperialistas, una guerra que era *inevitable*.²¹

¹⁸ En torno a la importancia dada por Lenin al establecimiento de relaciones comerciales con los países capitalistas, puede consultarse: "Conferencia del PC(b)R de la Provincia de Moscú, 20-22 de noviembre de 1920", *Obras Completas, op. cit.*, Vol. 42, pp. 24-25. "Reunión de Activistas de la Organización del PC(b)R de Moscú, 6 de diciembre de 1920", *Obras Completas, op. cit.*, Vol. 42, pp. 77-78.; "IX Congreso de los Soviets de toda Rusia", *Obras Completas, op. cit.*, Vol. 44, p. 314.

¹⁹ Stalin, J., "Dos Campos", *Obras Completas*, (Madrid: Ediciones Vanguardia Obrera, 1984), Vol. IV, p. 246.

²⁰ "Programme of the Communist International adopted at its Sixth Congress", en: Degras, J. (ed.), *The Communist International, 1919-1943. Documents*, (Oxford: Oxford University Press, 1960), Vol. II, p. 512.

²¹ Stalin, J., "Informe Político del Comité Central ante el XV Congreso del PC(b) de la URSS", *Obras Completas, op. cit.*, Vol. X, p. 304.

El período de entreguerras.

Las teorías sobre la inevitabilidad de la guerra expuestas dieron lugar a dos tendencias contradictorias: una de ellas, hacia la fragmentación, y otra, hacia la unificación del campo capitalista. Debido a este hecho, mientras que, por una parte, los dirigentes soviéticos destacaban el enfrentamiento entre países capitalistas y los frecuentes conflictos bélicos entre ellos, por otra, denunciaban los intereses comunes de dichos países por aunar esfuerzos en orden a agredir militarmente a la Unión Soviética. El carácter opuesto de estas tendencias determinó una visión del escenario internacional sumamente típica del modo de análisis soviético.²² Dependiendo de las condiciones internacionales y los objetivos de la política exterior soviética en cada momento histórico, se acentuó una u otra de tales tendencias.

Durante el período de entreguerras, la valoración de las relaciones internacionales en la Unión Soviética estuvo dominada por la teoría de la inevitabilidad de la guerra entre capitalismo y socialismo o, lo que es lo mismo, por el carácter irreconciliable de las contradicciones existentes entre los dos sistemas. Círculos políticos soviéticos subrayaban que, pese a la fallida intervención en la guerra civil, el imperialismo internacional no había renunciado a terminar con la primera experiencia socialista por medio de la violencia. Pero los principales Estados occidentales no deseaban llevar a cabo un ataque contra la Unión Soviética, empleando sus propias fuerzas armadas. Pretendían utilizar las de otros Estados. Ante la debilidad militar de los pequeños países de Europa Central y Oriental, empezaron a considerar necesario el restablecimiento de la capacidad bélica de Alemania. A este fin, Gran Bretaña y, sobre todo, los Estados Unidos dedicaron importantes asignaciones económicas. Cuando Hitler subió al poder en los años treinta, ninguno de estos países, ni incluso Francia, el más perjudicado por el nuevo curso de la política internacional, trataron de impedir que Alemania se preparara para la guerra, porque estaban plenamente seguros de que sus ejércitos se moverían solamente en dirección al Este.²³

La preocupación por posibles agresiones contra la Unión Soviética no llevó consigo el menosprecio de las convulsiones que estaban produciéndose en el campo capitalista. La actitud expansionista de Italia en

²² En este sentido, ver: Ulam, A., *Expansion and Coexistence. Soviet Foreign Policy 1917-1973*, (New York: Praeger Publishers, 1974), p. 114.

²³ Kamishyn, M., "Obostrenie neravnomernosti razvitiya kapitalizma v period obshchevo krizisy mirovoi kapitalisticheskoi sistemy", *Voprosy Ekonomiki*, N°12, 1952, p. 95.

Etiopía, de Japón en Manchuria y de Alemania en Europa era claro reflejo de las profundas disensiones existentes en dicho campo. Para Stalin, una nueva guerra imperialista que encerraba una redistribución del mundo a favor de los Estados agresores, estaba en curso.²⁴ Sin embargo, resultaba sorprendente que aquella redistribución estuviera produciéndose ante la pasividad de países, como Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia, que se veían negativamente afectados por ella. ¿Cómo justificar esta circunstancia? A juicio de los dirigentes soviéticos la política de "no intervención" adoptada por estos tres países implicaba una convivencia con las agresiones del fascismo. Equivalía a manifestar que, una vez restablecido su poderío, Alemania y Japón no encontrarían resistencia a la hora de satisfacer el verdadero objetivo de su estrategia militarista: la Unión Soviética.²⁵

De manera contraria a las previsiones soviéticas, la Segunda Guerra Mundial comenzó no como una confrontación entre capitalismo y socialismo, sino como una confrontación entre Estados imperialistas. Así, Alemania dirigió sus fuerzas armadas, en primer lugar, contra Francia y Gran Bretaña, mientras que Japón atacó a los Estados Unidos. Este giro de los acontecimientos fue explicado desplazando el foco de atención hacia el terreno de las contradicciones capitalistas. A pesar de la centralidad de la oposición entre los dos sistemas, en determinados periodos históricos "las contradicciones entre intereses capitalistas se manifestaban más fuertemente que las contradicciones entre el sistema capitalista y el sistema socialista".²⁶ El ascenso del peso relativo de Alemania en la producción y los mercados mundiales no se correspondía con su carencia de posesiones coloniales. En los años treinta, la falta de correspondencia mencionada era aún más grave que a principios de siglo, ya que tras la Primera Guerra Mundial el Estado alemán había sido privado de sus colonias.²⁷ En consecuencia, el equilibrio dentro del sistema capitalista se quebró, apareciendo, una vez más, una correlación de fuerzas que entraba en contradicción con el reparto del mundo establecido en 1918. Junto a Alemania, Japón e Italia entraron en la guerra, no tanto por la similitud de sus regímenes políticos como por sentirse asimismo perjudicados por ese reparto.

²⁴ Stalin, J., "Informe al XVIII Congreso del PCUS", *Obras Completas, op. cit.*, pp. 113-116.

²⁵ *Ibid.*, p. 118.

²⁶ Dragilev, M. S., *Obshchii Krizis Kapitalizma*, (Moskva: Gosugarstvennoe Izdatelstvo Politicheskoi Literatury, 1957), p. 112.

²⁷ Akademiya Nauk SSSR, *Politicheskaya Ekonomiya, Uchebnik*, (Moskva: Gosugarstvennoe Izdatelstvo Politicheskoi Literatury, 1954), p. 279.

Las narraciones soviéticas de los acontecimientos internacionales en este período eluden cualquier referencia al pacto germano-soviético de 1939. Cuando las tropas alemanas invadieron el territorio de la Unión Soviética en 1941, la Segunda Guerra Mundial dejó de ser un conflicto exclusivamente capitalista, para convertirse, al mismo tiempo, en un conflicto entre los dos sistemas. Este hecho sin duda era una muestra de las contradicciones entre socialismo y capitalismo. Pero la alianza que agrupó a Estados Unidos, Gran Bretaña y Unión Soviética frente a las potencias del "Eje" contrastaba con los análisis realizados en este último país en los años veinte y treinta. La formación de una alianza de estas características sólo era justificable volviendo a insistir en que las contradicciones entre países capitalistas eran más poderosas que las contradicciones entre socialismo y capitalismo.

En el seno de la alianza antifascista, la política de los Estados Unidos y Gran Bretaña estaba guiada por una doble intención. Si bien deseaban debilitar la capacidad de competir tanto política como económicamente de Alemania, no buscaban terminar completamente con el régimen de Hitler. En su lugar, querían reconducir el potencial militar alemán exclusivamente contra el Estado socialista. Como atestiguaba el retraso en la apertura de un segundo frente en Europa, el objetivo inconfesado de norteamericanos y británicos radicaba en lograr el desgaste recíproco de Alemania y la Unión Soviética. Conseguido esto, podrían entonces imponer sus condiciones.²⁸

Desde la perspectiva soviética se sostiene que la realidad no respondió a las esperanzas de los Estados Unidos y Gran Bretaña. Lejos de producirse una pérdida progresiva de vigor, la Unión Soviética halló, en las condiciones excepcionalmente duras de la guerra, nuevas fuerzas materiales y morales. Como resultado de la guerra, se añade, el poder defensivo de este país aumentó de manera extraordinaria.²⁹

Las posiciones de Stalin tras la Segunda Guerra Mundial.

Después de la Segunda Guerra Mundial, tras la disolución de la coalición aliada y la entrada en un período de "Guerra Fría", parecía que las contradicciones entre socialismo y capitalismo pasarían, al igual que en los años veinte y treinta, a ocupar un primer plano. La intervención de

²⁸ Dragilev, M. S., *op. cit.*, pp. 118-119.

²⁹ *Ibid.*, p. 119.

A. Zhdánov con motivo de la conferencia constitutiva del *Cominform* en 1947 apuntaba en esta dirección. En ella manifestó que el campo capitalista estaba completamente dominado por los Estados Unidos y acusó a este país de seguir una política hostil y preparar una nueva guerra contra la Unión Soviética.³⁰

Pero, pese al clima de confrontación que dominó la política internacional de la época, las contradicciones entre países capitalistas fueron más valoradas que las contradicciones entre socialismo y capitalismo. En otoño de 1951 tuvo lugar una discusión entre especialistas en torno a la validez, en las nuevas condiciones políticas y militares, de las tesis leninistas sobre la inevitabilidad de la guerra entre países capitalistas.³¹ Esta discusión fue zanjada por Stalin en su obra *Problemas Económicos del Socialismo en la Unión Soviética* publicada en 1952. En dicha obra, procedió a reafirmar la corrección de las tesis mencionadas en el período de la postguerra.

De las posiciones fijadas por Stalin en *Problemas Económicos del Socialismo en la Unión Soviética* pueden deducirse los puntos de vista de los renovadores del leninismo a principios del decenio de los cincuenta. Así, en defensa de las tesis leninistas, Stalin muestra su disconformidad con los que sostenían que el predominio de los Estados Unidos en el mundo occidental permitía suponer que este país estaría en condiciones de evitar las confrontaciones entre los demás países capitalistas. Según su razonamiento, no existía ninguna razón para pensar que, con el transcurso del tiempo, presumiblemente en virtud de la ley de desarrollo desigual, los Estados europeos y Japón no pudieran reforzar sus posiciones y entrar en conflicto con la situación de dominación americana vigente hasta entonces.³²

Por otra parte, Stalin critica la afirmación de que las contradicciones entre socialismo y capitalismo eran más fuertes que las contradicciones entre los países capitalistas, como argumento para cuestionar la inevitabilidad de la guerra en el campo capitalista. Esta afirmación era teóricamente cierta, pero también lo había sido en los años treinta y, sin embargo, la Segunda Guerra Mundial comenzó no con una guerra contra la Unión Soviética, sino con una guerra entre Estados capitalistas. A este

³⁰ Mooney, P., *The Soviet Superpower: The Soviet Union 1945-1980*, (London: Heinemann, 1982), p. 90.

³¹ Varga, E., "Mezhimperialisticheskie protivorechiya i boina", en: Varga, E., *Ocherki po problemam politekonomii kapitalizma*, (Moskva: Izd. Politicheskoi Literatury, 1965), p. 78.

³² Stalin, J., "Problemas Económicos del Socialismo en la URSS", *Obras Completas, op. cit.*, Vol. XV, pp. 267-268.

respecto, Stalin dice que "la guerra contra la Unión soviética, como país del socialismo, es más peligrosa para el capitalismo que la guerra entre países capitalistas", pues si ésta "sólo plantea la cuestión del predominio de unos países capitalistas sobre otros países capitalistas, la guerra con la Unión Soviética debe plantear inevitablemente la cuestión de la existencia del propio capitalismo".³³ Además, una vez consumado el ataque alemán contra la Unión Soviética en 1941, los Estados occidentales, en lugar de unirse a Alemania, formaron una alianza con el país socialista contra la amenaza hitleriana. Por ello, mantiene que "la lucha de los países capitalistas por los mercados y el deseo de hundir a sus competidores resultaron prácticamente más fuertes que las contradicciones entre el campo del capitalismo y el campo del socialismo".³⁴

Por último, Stalin niega que la aparición de poderosas fuerzas populares en favor de la paz y en contra de una nueva guerra mundial pudieran esgrimirse como razón para considerar caducas las tesis leninistas. Concede que el movimiento por la paz podía tener éxito en "conjurar una guerra concreta" o en "mantener temporalmente una paz concreta", pero estima que estos logros no bastaban "para suprimir la inevitabilidad de las guerras en general entre los países capitalistas". Stalin concluye que "para eliminar la inevitabilidad de las guerras hay que destruir el imperialismo".³⁵

Es posible que en el marco de la discusión mencionada con anterioridad se debatiera también sobre la validez de las tesis sobre la inevitabilidad de la guerra entre los dos sistemas. A pesar de que las manifestaciones de Stalin sugieren que algunos especialistas destacaban la preeminencia de las contradicciones entre socialismo y capitalismo para justificar su reconsideración de las tesis leninistas en *Imperialismo*, existen indicios que permiten especular con que una revisión oficial del carácter irremediable de los conflictos entre los dos regímenes sociales opuestos estaba en curso. G. V. Kozlov en un artículo escrito en 1952, al referirse a la confrontación entre socialismo y capitalismo, señala que la lucha entre ambos puede revestir formas diversas: económica, política, ideológica y cultural. En todos estos terrenos, del que se excluye el militar, tiene lugar "una competición histórica incesante" entre ellos.³⁶ Afirma, además, que la política de la Unión Soviética se fundamentaba

³³ *Ibid.*, p. 268.

³⁴ *Ibid.*, pp. 269-270.

³⁵ *Ibid.*, p. 271.

³⁶ Kozlov, G. V., "Obshchii krizis kapitalizma i ego obostrenie na sovremennom etape", *Voprosy Ekonomiki*, N°4, 1952, p. 69.

en "el carácter posible e inevitable de una coexistencia prolongada" entre socialismo y capitalismo.³⁷ Dos años más tarde, en un *Manual de Economía Política* editado por la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, parece manifestarse una opinión más concluyente sobre este punto. Puede leerse en él que, en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial, los países del campo socialista defendían la causa del mantenimiento y reforzamiento de la paz, basándose en la premisa de que los dos sistemas "pueden plenamente coexistir de manera pacífica, compitiendo entre ellos en el terreno económico".³⁸ Cabe observar que aquí desaparece el adjetivo de "prolongada" utilizado por Kozlov para referirse a la coexistencia pacífica. En ambas publicaciones comienza a emplearse un vocabulario que será característico en la literatura soviética a partir de la segunda mitad de los años cincuenta.

La revisión de las teorías sobre la guerra.

En cualquier caso, las dudas que pudiera haber sobre esta cuestión se disiparon a raíz del proceso de renovación ideológica llevado a cabo entre 1956 y 1961. Dicho proceso tomó forma en los Congresos XX, XXI y XXII del PCUS, culminando con la incorporación de sus conclusiones al nuevo Programa aprobado por este partido en el último de los Congresos mencionados. Aspectos sobresalientes de esta renovación ideológica afectaron a la revisión del carácter inevitable de la guerra, tanto entre países capitalistas como entre socialismo y capitalismo.

Desde estas fechas, los análisis soviéticos de la política internacional, distanciándose de las posiciones stalinistas, estuvieron influenciados por las contradicciones entre socialismo y capitalismo. Fue la "posible" amenaza militar occidental, especialmente estadounidense, la que concentró la atención de los dirigentes soviéticos. Las contradicciones entre países capitalistas quedaron relegadas a un plano secundario.

En su "Informe al XX Congreso", N. Khrushchev manifestó, refiriéndose fundamentalmente a las relaciones entre los dos sistemas, que las guerras dejaban de ser inevitables. Justificando esta afirmación, declaró que la guerra no era un fenómeno exclusivamente económico y que, por tanto, representaba un error "examinar únicamente la base económica de las guerras bajo el imperialismo".³⁹ El hecho de que una

³⁷ *Ibid.*, p. 85.

³⁸ Akademiya Nauk SSSR, *op. cit.*, p. 289.

³⁹ "Report of the Central Committee, 20th Congress of the Communist Party of the Soviet Union", *Soviet News Booklet*, N°4, London, 1956, p. 28.

guerra pudiera producirse "depende, en gran medida, de la correlación existente entre clases y fuerzas políticas y del grado de organización, concienciación y determinación del pueblo", siendo posible, en ciertas condiciones, que "la lucha librada por las fuerzas sociales y políticas progresistas pueda jugar un papel decisivo".⁴⁰ Estima que, con anterioridad a la Primera y la Segunda Guerra Mundial, las fuerzas no interesadas en la guerra, y que combatían contra ella, se encontraban pobremente organizadas y carecían de los medios necesarios para oponerse a los que la promovían.⁴¹

Según Khrushchev, en aquel tiempo la presunción sobre la inevitabilidad de la guerra era absolutamente correcta, pero, en la época presente, "la situación ha cambiado radicalmente". Muestra su conformidad con la tesis leninista de que mientras el imperialismo permanezca, la base económica que da origen a las guerras continuará estando presente. Pero, a continuación, añade que "la guerra no es fatalmente inevitable. Hoy, hay poderosas fuerzas sociales y políticas que poseen medios formidables para impedir que los imperialistas desencadenen una guerra y, si realmente intentan iniciarla, para dar una respuesta aplastante a los agresores ...".⁴²

En la enumeración de las fuerzas que hacen posible abandonar la tesis sobre la inevitabilidad de la guerra, fuerzas que poseen preferentemente un carácter político,⁴³ Khrushchev cita en primer lugar el hecho de que la Unión Soviética y el resto de los países socialistas pusieran su gran poderío político y material al servicio de la paz. Como segunda fuerza alude a la adopción, por parte de una serie de Estados de Europa y Asia, de una actitud neutral, de no participación en ninguna clase de bloques. De este modo, estos países, junto con los pertenecientes al campo socialista, contribuían a crear una extensa "zona de paz". En tercer término, hace referencia a la actividad de la clase obrera internacional y el movimiento de liberación nacional, actividad que se oponía frontalmente a la agresión y la explotación que engendraba el capitalismo. Por último, menciona el movimiento internacional por la paz que unía a millones de personas en la tarea de luchar contra la guerra.⁴⁴

⁴⁰ *Ibid.*

⁴¹ *Ibid.*

⁴² *Ibid.*

⁴³ Algunos autores occidentales han subrayado el carácter político que tuvieron las razones que llevaron a revisar la tesis leninista de la inevitabilidad de la guerra. Ver por ejemplo: Churward, L., "Soviet revision of Lenin's Imperialism", *The Australian Journal of Politics and History*, Vol. VIII, Nº1, 1962, p. 63. y Noguee J. y Donaldson, R., *op. cit.*, p. 29.

⁴⁴ "Report of the Central Committee. 20th Congress of ...", *op. cit.*, pp. 16-17.

De las fuerzas expuestas en el párrafo anterior, no cabe duda de que la relativa a los logros económicos, científico-técnicos y militares del campo socialista representaba el elemento central. En su intervención ante el XXI Congreso del PCUS, Khrushchev manifestó que en 1959 existían aún más razones para sostener las conclusiones adoptadas en 1956, declarando que la Unión Soviética "poseía fuerzas fabulosas para responder a los agresores imperialistas". En su opinión, estas fuerzas hicieron posible que surgiera "una posibilidad real de excluir la guerra mundial de la vida de la sociedad", "incluso antes de que se produjera el triunfo universal del socialismo".⁴⁵

Dada la correlación de fuerzas entre los dos sistemas, N. Inozemtsev indica que, "por primera vez en la historia del militarismo, surgió una contradicción en extremo aguda entre la capacidad destructiva del aparato militar creado por el capitalismo —que nunca ha sido tan grande como en esta época— y las posibilidades prácticas de utilización de dicho aparato en los fines para los cuales fue construido: la realización de la guerra contra los Estados socialistas".⁴⁶ Ante el potencial material y militar de la Unión Soviética y el campo socialista en general, la organización de una nueva guerra mundial con el propósito de aniquilar el comunismo sería equivalente a una política de suicidio de las potencias imperialistas.⁴⁷

Estas consideraciones sobre el poderío del campo socialista dejan traslucir la enorme transcendencia de los avances en la tecnología militar. De hecho, dichos avances pudieron constituir en sí mismos una razón suficiente para revisar la teoría sobre la guerra entre los dos sistemas. En un mundo nuclear no podía sino cuestionarse la validez de la inevitabilidad de la guerra. Mantener tal posición suponía, como consecuencia de la capacidad destructiva del nuevo armamento, aceptar la posibilidad de eliminación física de la sociedad socialista en un futuro más o menos lejano. Esta reflexión justifica que, ya en tiempos de Stalin, estuviera produciéndose un debate sobre la naturaleza de las relaciones entre socialismo y capitalismo en la era nuclear. A raíz del XX Congreso del PCUS, comienza a ponerse de relieve que las nuevas armas "no sólo representan un cambio en los medios de realización de la guerra, sino,

⁴⁵ "Report to the Special 21st Congress of the Communist Party of the Soviet Union", *Soviet Booklet*, N°47, London, 1959, p. 363.

⁴⁶ Inozemtsev, N., *Obshchii Krizis Kapitalizma i Vneshnyaya Politika*, (Moskva: Izd. Znanie, 1964), p. 40.

⁴⁷ Mileikovskii, A., "50-Let Velikogo Oktyabrya i Obshchii Krizis Kapitalizma", *MEIMO*, N°11, 1967, p. 62.

también, en el carácter de sus consecuencias político-sociales y económicas".⁴⁸ En el supuesto de que los círculos dirigentes de los países capitalistas llegaran a desencadenar una guerra nuclear, M. Marinin dice que el régimen capitalista se derrumbaría ante la contundente respuesta que recibiría del campo socialista y la indignación de las masas populares, "pero la humanidad estaría pagando un precio demasiado caro por librarse, de esta manera, del capitalismo".⁴⁹

Era, pues, evidente la necesidad de un nuevo esquema doctrinal que permitiera interpretar desde una perspectiva distinta las relaciones entre socialismo y capitalismo. Este nuevo esquema estuvo constituido por la idea de coexistencia pacífica, tal y como se definió en el XX Congreso del PCUS. A partir de aquí, la coexistencia pacífica dejó de ser un elemento táctico, dentro de una visión del mundo dominada por la inevitabilidad de la guerra, para convertirse en una necesidad objetiva de las relaciones entre los dos sistemas.⁵⁰ Como el propio Khrushchev aclara en un Congreso posterior, la idea que comentamos no debía meramente entenderse ni como ausencia de guerra ni como armisticio inestable y temporal entre dos guerras, sino como "coexistencia de dos sistemas sociales opuestos, basada en la renuncia mutua a la guerra como medio para solucionar conflictos entre Estados".⁵¹ Es conveniente indicar que la coexistencia pacífica no suponía una convivencia pasiva entre los dos campos. Al contrario, permitía sentar las bases de un proceso activo de competición económica, política e ideológica entre socialismo y capitalismo a escala internacional.⁵²

La revisión de la teoría sobre la inevitabilidad de la guerra entre países capitalistas aparece, al menos en los primeros años del proceso de renovación ideológica, con rasgos menos precisos. En el "Informe" presentado al XX Congreso, Khrushchev no distingue entre los dos tipos de conflicto bélico. En la práctica integridad del mismo está haciendo alusión a la guerra entre socialismo y capitalismo. Algunas menciones, como las relativas a la debilidad de las fuerzas favorables a la paz antes de la Primera y la Segunda Guerra Mundial y al error de "examinar

⁴⁸ Gantman, V., Nikonov, V. y Tomashevskii, D., "Mirovye Voiny XX Veka i Dialektika Istori", *MEIMO*, N°8, 1964, p. 6.

⁴⁹ Marinin, M., "Chelovechestvo mozhet i dolzhno zhit bez voin", *MEIMO*, N°8, 1960, p. 10.

⁵⁰ Lemin, I., "Mezhdunarodnye Otnosheniya na Novom Etape Obshchego Krizisa Kapitalizma", *MEIMO*, N°4, 1961, p. 4.

⁵¹ "Otchet Tsentralnogo Komiteta: Kommunisticheskoi Partii Sovetskogo Soiuza XXII Sezdu KPSS", en: *Materialy XXII Sezda KPSS*, (Moskva: Gospolitizdat, 1961), p. 28.

⁵² "Programma Kommunisticheskoi Partii Sovetskogo Soiuza", en: *Materialy XXII Sezda KPSS*, *op. cit.*, p. 364.

únicamente la base económica de las guerras bajo el imperialismo", permiten interpretar que la revisión de las tesis sobre la guerra abarcaba también las guerras imperialistas. Sin embargo, Khrushchev, al parecer deliberadamente, no se manifestó con claridad sobre este punto. En realidad, puede hablarse de cierta resistencia a reconsiderar esta segunda teoría sobre la guerra. No debe olvidarse que, sólo unos años antes, Stalin había ratificado la validez ideológica de *Imperialismo*.

E. Varga, escribiendo en 1964, comenta que, si bien la revisión de las tesis sobre la inevitabilidad de la guerra podía considerarse definitivamente resuelta, había determinadas personas dogmáticas que pensaban que tal revisión debía limitarse sólo a los conflictos entre los campos socialista y capitalista y no a los conflictos entre países capitalistas.⁵³ Sostenían, siguiendo a Stalin, que incluso entonces los enfrentamientos armados en el seno del capitalismo eran inevitables. Según Varga estaban profundamente equivocadas: no tenían en cuenta los cambios trascendentales que habían ocurrido en el mundo. La persistencia de esta corriente dogmática de opinión, encabezada por Molotov, parecía estar ligada al deseo de no descartar el papel de la guerra como motor del tránsito del capitalismo al socialismo.⁵⁴

Pese a esta oposición, que se mantuvo durante varios años después de finalizado el XX Congreso, es posible afirmar que ya en 1956, en el momento de la celebración de dicho Congreso, las posiciones que propugnaban la extensión del proceso de renovación ideológica a las relaciones entre países capitalistas eran claramente mayoritarias. Dos razones pueden aducirse para ello. Además de la cuestión de la guerra, el "Informe" de Khrushchev fue innovador en lo tocante al tránsito del capitalismo al socialismo: éste podría producirse por medios pacíficos. Establecía que en las condiciones que comenzaron a perfilarse en aquel tiempo, la clase trabajadora tenía a su alcance "derrotar a las fuerzas reaccionarias que se oponían a los intereses populares, lograr una mayoría estable en el parlamento y transformar esta última institución, de un órgano de la democracia burguesa, en un instrumento de la voluntad del pueblo".⁵⁵ Esta nueva aportación doctrinal podía ser la consecuencia lógica de nuevas concepciones sobre las guerras imperialistas. Si estas guerras dejaban forzosamente de tener lugar, había que contemplar vías pacíficas para la propagación del socialismo en el mundo.

⁵³ Varga, E., *op. cit.*, p. 79.

⁵⁴ Arzumanyan, A., *Krizis Mirovogo Kapitalizma na Sovremennom Etape*, (Moskva: Izd. Akademii Nauk SSSR, 1962), pp. 19-20.

⁵⁵ "Report of the Central Committee. 20th Congress of ...", *op. cit.*, p. 30

Por otra parte, aunque quizá resulte un motivo más especulativo, es necesario considerar la relación entre ambos tipos de guerra en el conflicto mundial que se desarrolló entre 1939 y 1945. Renunciar a la guerra como motor de la revolución pudo constituir una decisión conflictiva. Pero, posiblemente, la revisión de la teoría de la guerra entre socialismo y capitalismo llevaba consigo la de la teoría de la guerra entre países capitalistas. La experiencia de la Segunda Guerra Mundial sugería que no era fácil separar tajantemente ambas clases de confrontaciones. Esta guerra comenzó como un enfrentamiento imperialista que, en su desarrollo, terminó por convertirse, además, en un enfrentamiento entre los dos sistemas. Según esto, afirmar el carácter inevitable del primero de estos enfrentamientos podía significar, en buena medida, afirmar también el de los segundos.

No obstante, la aparición de manifestaciones oficiales que establecieran explícitamente que las guerras imperialistas dejaban de ser algo inexorable tardó en producirse. Entre 1956 y 1961 fueron poco frecuentes. Khrushchev, abordando por primera vez esta cuestión en unas manifestaciones realizadas en 1961, declaró que podía constatar "la existencia de agudas contradicciones y antagonismos entre los países imperialistas y el deseo de beneficiarse a expensas del más débil. Sin embargo, los imperialistas se ven forzados a prestar atención a la Unión Soviética y a la totalidad del sistema socialista y temen iniciar una guerra entre ellos mismos". En estas mismas manifestaciones, dijo que "en las condiciones actuales lo probable es que no haya guerras entre los Estados capitalistas, aunque esta posibilidad no puede ser excluida"⁵⁶

E. Varga, en una publicación citada anteriormente, critica con cierta dureza las tesis de Stalin en *Problemas Económicos del Socialismo en la Unión Soviética*. A su juicio, la situación del mundo en los años sesenta era radicalmente distinta a la de antes de 1945. El peso del sistema socialista mundial constituía un factor clave, también aquí, para comprender los cambios que estaban produciéndose en los países capitalistas. Así como en el pasado el campo imperialista estuvo dividido en coaliciones enfrentadas, en la segunda mitad del siglo XX, bajo la gran influencia del socialismo, presentaba un frente unido.⁵⁷

Para Varga era difícil contemplar la posibilidad de una guerra capitalista. Basándose posiblemente en la experiencia de la postguerra,

⁵⁶ Khrushchev, N., "For new victories for the World Communist Movement", *World Marxist Review*, N°1, 1961, p. 12.

⁵⁷ Varga, E., *op. cit.*, p.81.

considera que las potencias imperialistas más desfavorecidas tras 1945 no necesitaron una nueva guerra para librarse de la dominación económica de los Estados Unidos. El desarrollo desigual les permitió suprimir esta dominación por medios pacíficos. En las dos décadas que siguieron al término de la Segunda Guerra Mundial, mientras que los Estados Unidos perdían posiciones en el campo de la producción, el comercio y las finanzas internacionales, Alemania Occidental, Francia, Japón e Italia experimentaban un rápido proceso de crecimiento económico. La creación del Mercado Común reforzó aún más la posición económica de los países capitalistas europeos en relación con los Estados Unidos. Sin embargo, este cambio en la correlación de fuerzas "tuvo lugar sin guerra".⁵⁸

Además, en opinión de Varga, una guerra de otras potencias imperialistas contra los Estados Unidos no sólo no era necesaria para su desarrollo económico, sino que resultaría difícil desde un punto de vista material. En la era nuclear, un conflicto bélico con los Estados Unidos a través del Atlántico, empleando únicamente armas convencionales era impensable. Pese a los esfuerzos de Gran Bretaña y Francia, Washington poseía un monopolio nuclear en el mundo capitalista. El predominio militar estadounidense no sería fácil de superar. Y ello, tanto por consideraciones tecnológico-militares como por causas simplemente económicas. En este último sentido, para igualar el presupuesto de defensa norteamericano, los cuatro principales Estados capitalistas europeos —Gran Bretaña, Francia, Alemania Occidental e Italia— tendrían que efectuar unos desembolsos absolutamente desproporcionados con el tamaño de sus economías.⁵⁹

Junto con el rechazo de la posibilidad de una guerra entre países capitalistas, Varga muestra su disconformidad con la tesis stalinista de que este tipo de guerra poseería para el capitalismo consecuencias menos desastrosas que una guerra entre socialismo y capitalismo. En caso de producirse, una nueva guerra imperialista también cuestionaría la continuidad del régimen burgués, principalmente en los Estados derrotados. Para Varga, la experiencia histórica avala esta aseveración. La Primera Guerra Mundial promovió la revolución socialista en Rusia. La Segunda Guerra Mundial trajo el socialismo a Europa Central y del Este, China y Corea del Norte. Una Tercera Guerra Mundial entre potencias imperialistas, en la que el mundo socialista permaneciera neutral, tendría resul-

⁵⁸ *Ibid.*, p. 83

⁵⁹ *Ibid.*, p. 84.

tados nefastos para el sistema capitalista en su conjunto.⁶⁰ Los efectos de orden contrapuesto consiguientes, el debilitamiento del capitalismo y el fortalecimiento del socialismo, harían posible que la Unión Soviética y el resto de los países socialistas "cumplieran con su deber internacionalista y defendieran a los pueblos que hubieran decidido sacudirse el yugo del capitalismo".⁶¹ De aquí que una nueva guerra imperialista no fuera menos peligrosa para el régimen capitalista que una guerra entre los dos sistemas.

A juicio de Varga, los dirigentes del mundo capitalista aprendieron las lecciones de la historia. Aunque la base económica de las guerras continuaba presente, aunque la lucha por fuentes de materias primas, mercados para los productos de sus industrias y áreas de inversión de capital era tan aguda como antes de la Segunda Guerra Mundial, los políticos occidentales, conscientes del resultado de las dos guerras mundiales, temían iniciar una nueva guerra imperialista.⁶²

Varga enumera tres razones más para remachar su crítica de las tesis de Stalin. Indica que, en el pasado, las guerras entre países capitalistas estuvieron relacionadas con la conquista y el reparto de colonias. En los años sesenta era poco probable que hubiera Estados dispuestos a entrar en guerra por este motivo. El entramado colonial había prácticamente desaparecido, quedando sólo pequeños restos que no tardarían en seguir el mismo camino. Las grandes empresas capitalistas adaptaron los métodos de explotación de sus antiguos dominios, por medio del neocolonialismo, sin necesidad de mantener un control político sobre ellos. En un plano diferente, destaca la significación del rápido ritmo de cambio en la tecnología militar. Esta circunstancia determinaba que, en un plazo breve de tiempo, los equipos militares "envejecieran", exigiendo su renovación periódica. Así, el capital monopolista obtenía, año tras año, pedidos de armas, por un importe creciente, sin necesidad de guerras. Para terminar, Varga alude a los avances en la capacidad destructiva del armamento moderno. Una nueva guerra imperialista, máxime si en ella se empleaban armas nucleares, sería mucho más devastadora que la Segunda Guerra Mundial. Ninguna clase social se libraría de sus consecuencias. Por tanto, la guerra, como medio de enriquecimiento de las clases dominantes, había perdido, en una medida considerable, su sentido.⁶³

⁶⁰ *Ibid.*, pp. 84-85.

⁶¹ *Ibid.*, p. 86.

⁶² *Ibid.*.

⁶³ *Ibid.*, pp. 87-88

Algunos años más tarde, un documento publicado por el IMEMO recoge el argumento central expuesto por Khrushchev y Varga. En él puede leerse que el desarrollo del socialismo mundial redujo sensiblemente las posibilidades de resolver las contradicciones entre los países imperialistas a través del recurso tradicional a la guerra. Insistía en la idea de que los círculos dirigentes de estos países no podían "no tomar en consideración que, en las condiciones actuales, una guerra entre ellos conduciría al súbito debilitamiento del imperialismo en su conjunto".⁶⁴

Las nuevas posiciones doctrinales desligaban las revoluciones del estallido de guerras en el campo capitalista. En consonancia con ellas, el XX Congreso del PCUS se pronunció favorablemente respecto a la posibilidad de que el tránsito del capitalismo al socialismo tuviera lugar de manera pacífica. El papel que la guerra había desempeñado como acelerador de la revolución en el planteamiento marxista-leninista, pasó a ser ocupado por "la fuerza del ejemplo socialista". Como se ha mencionado anteriormente, la coexistencia pacífica implicaba distintos procesos de competición entre socialismo y capitalismo. De estos procesos el de competición económica tenía una significación especial. En él prevalecería aquel sistema capaz de alcanzar las más altas cotas de desarrollo de las fuerzas productivas, generar el mayor volumen de producción per cápita y garantizar el más elevado nivel de vida material y cultural de la población. Políticos e ideólogos soviéticos sostenían que el sistema socialista, demostrando en el transcurso del tiempo sus ventajas decisivas sobre el capitalismo, se convertiría en "un poderoso catalizador del proceso revolucionario mundial".⁶⁵

De esta manera, el PCUS concluía la revisión de las tesis sobre la inevitabilidad de la guerra. Esta revisión fue refrendada por el movimiento comunista internacional en las reuniones de partidos de esta obediencia celebradas en Moscú en 1957 y 1960. No obstante, dicho refrendo se produjo sin que fuera posible evitar una agria disputa con los comunistas chinos.

⁶⁴ "K 50-letiu Vykhoda v Svet Raboty V. I. Lenina' Imperializm, kak Vysshaya Stadiya Kapitalizma". Tezisy IMEMO, en: *Uchenie V. I. Lenina ob Imperializme i Sovremennost*, (Moskva: Izd. Nauka, 1967), p.57.

⁶⁵ Son numerosas las referencias sobre este punto. Entre otras ver: Shapiro, A., "Ekonomicheskoe Sorevnovanie Dvukh Sistem - Vazhneishii Platsdarm Klassovoi Borby na Mezhdunarodnoi Arene", *Voprosy Ekonomiki*, N°1, 1963, p. 145 y Tomskii, V., *Ekonomicheskii Spor Dvukh Miroyvkh Sistem*, (Moskva: Izd. Znanie, 1963), p. 4; *Politicheskaya Ekonomiya. Dokapitalisticheskie i kapitalisticheskie Sposoby Proizvodstva*, (Moskva: Izd. Vysshaya Shkola, 1966), p. 502.

La continuidad de las nuevas tesis.

Las nuevas posiciones sobre la guerra estuvieron en vigor hasta el mismo momento, prácticamente, de la disolución de la Unión Soviética.⁶⁶ La *Perestroika* impulsada por M. Gorbachev no introdujo, al menos en sus primeros años, cambios sustanciales en esta cuestión. El XXVII Congreso del PCUS celebrado en 1986 no marcó distancias con respecto al pasado al referirse a la guerra. En realidad, no hizo sino volver a insistir en las innovaciones ideológicas aprobadas entre 1956 y 1961. No sería hasta más adelante, a partir de 1989, cuando comenzaron a observarse indicios de cambios más profundos. Pero las posibilidades de evolución de la doctrina marxista-leninista sobre la guerra quedaron truncadas tras la quiebra del régimen comunista en diciembre de 1991.

El "Nuevo Pensamiento", aunque con un lenguaje más abierto, dejó intacto lo establecido en la época de N. Khrushchev. Así, siguió entendiéndose que la guerra había dejado de ser "fatalmente inevitable", aunque los conflictos bélicos no serían definitivamente erradicados mientras perdurase el imperialismo. Como se ha expresado anteriormente, durante las tres décadas que transcurrieron desde finales de los años cincuenta hasta la desaparición de la Unión Soviética, las contradicciones entre socialismo y capitalismo dominaron el análisis soviético. En este período, la unidad del bloque capitalista prevaleció sobre las tendencias disgregadoras en su seno.⁶⁷

El carácter agresivo del imperialismo continuó presidiendo la confrontación entre los dos sistemas. Dicho carácter adquirió rasgos cada vez más preocupantes como consecuencia de la creciente nuclearización del mundo. El hecho nuclear fue resaltado especialmente en los años ochenta. El avance de la carrera armamentista, así como la aparición de doctrinas de empleo selectivo de armas nucleares, dieron pie a que distintos medios políticos y académicos soviéticos acusaran a los Estados Unidos de estar preparando una guerra nuclear.⁶⁸

Los diseños agresivos del imperialismo fueron neutralizados gracias a la presencia de fuerzas favorables a la paz. Entre ellas, es el

⁶⁶ El gran arraigo de dichas posiciones en las décadas posteriores, puede apreciarse en las obras siguientes: *Marxism-Leninism on War and Army*, (Moscow: Progress Publishers, 1972); Momdzhian, J. N., *Veji Istorii: marksistskoe uchenie ob obshchestvenno-ekonomicheskikh formatsiyakh*, (Moskva: Izd. Progress, 1978); Sobakin, V., *Marxism-Leninism on War and Peace*, (Moscow: Progress Publishers, 1983).

⁶⁷ Pletnikov, I. K., *Marksistko-Leninskaya Teoriya Istoricheskogo Protsessa*, (Moskva: Nauka, 1987, p. 272).

⁶⁸ *Ibid.*, p. 276.

socialismo de nuevo la más transcendental. Recogiendo el espíritu de la revisión de finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, la nueva redacción del Programa del PCUS aprobada en el XXVII Congreso señalaba que "la comunidad socialista es la fuerza con mayor autoridad de nuestro tiempo y sin ella ningún problema de la política mundial puede ser resuelto; es el más firme baluarte de la paz en la tierra, el más consistente defensor de plenos y pacíficos principios democráticos en las relaciones internacionales, la fuerza principal que se opone a la reacción imperialista".⁶⁹

Ante la expansión del armamento nuclear en el mundo, la coexistencia pacífica adquirió un mayor realce. Es quizá en este punto donde tiene lugar algún nuevo desarrollo respecto a la postura tradicional. Respetando el núcleo fundamental de esta vieja idea, la doctrina soviética de la segunda mitad de los años ochenta destacaba que había surgido "la necesidad objetiva de vivir en paz". El enfrentamiento entre capitalismo y socialismo sólo era viable "bajo la forma de emulación y rivalidad pacíficas".⁷⁰ La coexistencia pacífica fue definida algo más ampliamente. Junto a aspectos de competición entre los dos sistemas, comenzó a hablarse de aspectos de colaboración. Si bien puede resultar contradictorio con las acusaciones de preparación de una guerra nuclear, la coexistencia pacífica exigía una colaboración entre sistemas, además de para hacer frente a determinados problemas globales, para prevenir la posibilidad de un conflicto nuclear.⁷¹

En cuanto a la cuestión de la guerra como estímulo de procesos revolucionarios, es posible observar una notable insistencia en las tesis establecidas para principios de los años sesenta. Esta es una cuestión que enfrentó duramente a comunistas soviéticos y chinos. Los primeros acusaron a los segundos de continuar defendiendo el papel activo de las guerras en un mundo nuclear. La doctrina soviética rechazó cualquier tentativa de "transformar las guerras interestatales en causa principal de revoluciones sociales, en condición decisiva del surgimiento de nuevas formaciones socioeconómicas, entre ellas el comunismo".⁷² El triunfo del socialismo se conseguiría por la fuerza del ejemplo de este modo de producción. Esta quedaría manifiestamente reflejada en la competición económica con el capitalismo. Es interesante mencionar que la *Perestroika*

⁶⁹ *Programma kommunisticheskoi Partii Sovetskogo Soiuz (Novaya Redaktsiya)*, (Moskva: Izd. Pravda, 1986), p. 16.

⁷⁰ Plenitkov, I. K., *op. cit.*, pp. 295-296.

⁷¹ Kuznetsov, V., *Time for a New Way of Thinking*, (Moscow: Progress Publishers, 1987), p. 64.

⁷² Momdzhan, J. N., *op. cit.*, p. 174.

estuvo fuertemente relacionada con la pretensión de robustecer la competitividad del sistema socialista. El XXVII Congreso del PCUS quiso jugar un papel clave a este respecto, tras el denominado "período de estancamiento" de la época Brezhnev. La realización de sus resoluciones contribuiría "mucho más plenamente a abrir el potencial del socialismo como sistema social, a descubrir sus ventajas históricas".⁷³

Como puede apreciarse, la *Perestroika* de M. Gorbachev no aportó un nuevo marco conceptual sobre la guerra. Las tesis presentadas por Khrushchev fueron repetidas con pocos cambios, a excepción de las observaciones efectuadas sobre la coexistencia pacífica, en el XXVII Congreso. Las diferencias en énfasis que se registran en las tres décadas posteriores a 1956 son explicables por cambios en el clima político internacional.

Para terminar, debe subrayarse que la adopción de nuevas posturas doctrinales sobre la guerra a partir de 1956 no fue interpretada en la Unión Soviética como una rectificación de la obra de Lenin, sino, más bien, como un enriquecimiento de la doctrina marxista-leninista. Dichas posturas en ningún momento supusieron reconocer que el histórico dirigente ruso hubiera estado equivocado. De hecho, hasta la desaparición del Estado soviético, su obra siguió considerándose básica para entender el capitalismo en la segunda mitad del siglo XX. Las leyes que establecían aspectos básicos del capitalismo en su última fase, como las relativas a la concentración y centralización del capital, el desarrollo desigual, la necesidad de redividir periódicamente el mundo, etc., conservaban íntegra su relevancia.⁷⁴ Sin embargo, no podía pretenderse que las leyes mencionadas operaran de la misma forma que en períodos históricos dominados exclusivamente por el capitalismo. Las fuerzas que comenzaron a manifestarse a mediados de los años cincuenta, entré ellas la consolidación del sistema socialista mundial, alteraron los mecanismos fundamentales de dichas leyes. Esta circunstancia, pese a mantenerse intacta la naturaleza del sistema capitalista, provocó cambios profundos en sus comportamientos básicos.

⁷³ Zagladin, V., "Sezd strategicheskikh reshenii", *Mezhdunarodnyi Ezhegodnik: Politika i Ekonomika*, 1986, p. 12.

⁷⁴ Primakov, E., "Oktyabrskaya Revoliutsiya i Sovremenniy Mir", *Mezhdunarodnyi Ezhegodnik: Politika i Ekonomika*, 1987; Rudakova I., *Lenin's "Imperialism, the Highest Stage of Capitalism"*, (Moscow: Progress Publishers, 1988).